

---

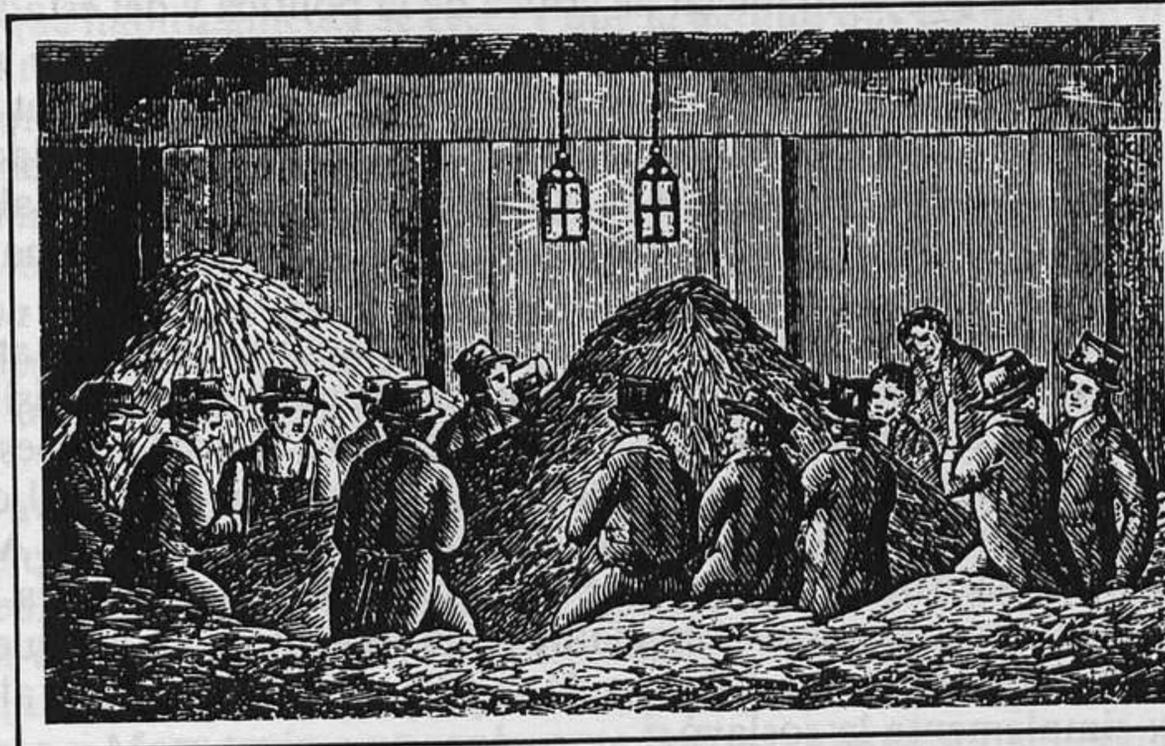
# MARX Y AMERICA LATINA

José Aricó

---

*análisis y debate*

---



2

La inserción del marxismo en la cultura política latinoamericana es un tema aún no suficientemente explorado y que suscita un conjunto de problemas de difícil resolución por cuanto abarca una extensa constelación de perspectivas diferentes en términos de teorías y de doctrinas y de programas de acción. Esta circunstancia, que no creo que sea diferente de lo que ocurre en el resto del mundo, entre nosotros se complica porque, en muchos casos, partidos políticos o movimientos nacionales que reservan enfáticamente para sí el calificativo de «marxistas» deberían con mayor razón ser considerados expresiones más o menos modernizadas de antiguas corrientes democráticas latinoamericanas, antes que formaciones ideológicas adheridas estrictamente al pensamiento de Marx o a las corrientes que de él se desprendieron.

Una dificultad inicial, y no por esto la menos importante, reside en el escaso interés (para no hablar todavía de soslayamiento prejuicioso) que los fundadores del marxismo,

y más en particular el propio Marx, prestaron a esa suerte de «confín» del mundo europeo que el colonialismo de ultramar hizo en América. Y este hecho acabó gravitando negativamente sobre el teórico del subcontinente en la tradición socialista. En primer lugar, porque a diferencia de lo ocurrido en aquellos países donde el marxismo pudo ser de manera significativa la teoría y la práctica de un movimiento social de carácter fundamentalmente obrero, entre nosotros sus intentos de «traducción» no pudieron medirse críticamente con una herencia teórica «fuerte» como la del propio Marx, ni con elaboraciones equivalentes por su importancia teórica y política a las que él hizo de las diversas realidades nacionales europeas. Ausente una relación original con la complejidad de las categorías analíticas del pensamiento marxiano, y con su potencial cognoscitivo aplicado a formaciones nacionales concretas, el marxismo fue en América Latina, salvo muy escasas excepciones, una réplica empobrecida de esa ideología del desarrollo y de la modernización canonizada como marxista por la Segunda y Tercera Internacional.

Pero el «menosprecio» de Marx por la América hispana, o mejor dicho, su indiferencia frente al problema de la naturaleza específica de las sociedades nacionales constituidas a partir del derrumbe del colonialismo español y portugués, en una etapa de su reflexión en la que paradójicamente abordó con mayor amplitud y apertura crítica el mundo no europeo, tuvo también consecuencias negativas por razones de orden estrictamente teórico. Forzado por el perfil fuertemente antihegeliano que adoptó polémicamente su consideración del estado moderno, Marx se sintió inclinado a negar *teóricamente* todo posible rol autónomo del estado político, idea ésta que, sin embargo, constituía el eje en torno al cual se estructuró su proyecto inicial de crítica de la política y del estado. Al extender indebidamente al mundo no europeo la crítica del modelo hegeliano de un estado político como forma suprema y fundante de la comunidad ética, Marx debía ser conducido, por la propia lógica de su análisis, a desconocer en el estado toda capacidad de fundación o de «producción» de la sociedad civil y, por extensión y analogía, cualquier influencia desmedida sobre los procesos de constitución o fundación de una nación.

A partir de estos supuestos, que en el caso de sus trabajos sobre América Latina nunca estuvieron claramente explicitados, aunque pueden ser deducidos del análisis que hizo, por ejemplo, de la figura de Simón Bolívar, Marx se rehusó a conceder espesor histórico, alguna determinación real, a los estados-naciones latinoamericanos y al conjunto de los procesos ideológicos, culturales, políticos y militares que los generaban. Al privilegiar el carácter arbitrario, absurdo e irracional de tales procesos en la América hispana, Marx concluye haciendo un razonamiento semejante al de Hegel y con consecuencias similares. Porque si este último excluyó a América de su filosofía de la historia al transferirla al futuro, Marx simplemente la soslayó.

La idea de un continente «atrasado» que sólo podía lograr la modernidad a través de un acelerado proceso de aproximación y de identificación con Europa —paradigma fundante de todo el pensamiento latinoamericano del siglo pasado y aún presente— estaba instalada en la matriz misma del pensamiento de Marx. La exhumación de sus escritos sobre Rusia y otros países «anómalos» con respecto a las formas occidentales de constitución del mundo burgués, muestra que esa idea ya había sido impugnada por el propio Marx, quien comprometió buena parte de sus esfuerzos en la dilucidación de los caminos que pudieran evitar a determinados países los horrores del capitalismo. Sin embargo, su pensamiento siempre renuente a dejarse encerrar en ortodoxias sistematizadoras, sus deslizamientos y descentramientos de manías teoricistas, se cristalizó en la tradición marxista bajo la forma de una ideología fuertemente «eurocéntrica». La inserción de esta tradición en la realidad latinoamericana no hizo sino acentuar, con el prestigio que acordaba su presunta «cientificidad», la arraigada convicción de una identidad con Europa que permitía confiar en una evolución futura que suturase en un tiempo previsible los desniveles existentes. La «anomalía» latinoamericana tendió a ser vista por los so-

cialistas de formación marxista como una atipicidad transitoria, una desviación de un esquema hipostatizado de capitalismo y de relaciones entre las clases adoptado como modelo «clásico». Pero en la medida en que un razonamiento analógico como el aquí esbozado es, por su propia naturaleza, de carácter contrafáctico, las interpretaciones basadas en la identidad de América con Europa, o más ambiguamente con Occidente, de la que los marxistas latinoamericanos —excepto el caso atípico del peruano Mariátegui— se convirtieron en los más fervientes portavoces, no representaban en realidad otra cosa que transfiguraciones ideológicas de propuestas políticas modernizantes. De ahí entonces que la dilucidación del carácter histórico de las sociedades latinoamericanas, elemento imprescindible para fundar desde una perspectiva marxista las propuestas de transformación, estuviera fuertemente teñida de esta perspectiva *eurocéntrica*. A fin de cuentas, no era tanto la realidad efectiva, como la estrategia a implementar para modificarla en un sentido previamente establecido, lo que tendió a predominar en la forma teórica, ideológica y política adoptada por el marxismo en Hispanoamérica.

Sin embargo, creo que no resultaría de utilidad alguna detenernos en el reconocimiento del «menosprecio», de la indiferencia o del soslayamiento de la especificidad americana en el pensamiento de Marx. Por el contrario, pienso que reflexionar sobre esta «laguna» puede ser una forma teóricamente relevante y políticamente productiva de contrastar nuevamente la validez del cuerpo teórico de Marx en su examen de las sociedades no típicamente burguesas. Si hoy tenemos evidencias plenas de que los textos de Marx y Engels referidos en forma directa o indirecta a América Latina son más abundantes de lo que habitualmente se cree, y que la actitud que adoptaron frente a nuestra realidad de ningún modo puede ser identificada por completo con la benevolencia con que admitieron, en una primera etapa de sus vidas, la invasión de México por Estados Unidos, cuando hablamos de *indiferencia* evidentemente estamos refiriéndonos a otra cosa. No queremos decir que Marx no percibió la existencia de esta parte del mundo ya en su época en buena parte incorporada al mercado mundial capitalista, sino que la consideró *desde una perspectiva* hoy cuestionable. Lo que interesa, por ésto, es preguntarnos por las razones que condujeron a Marx a hacer de América Latina una «realidad soslayada», es decir, una realidad ocultada en el mismo acto de referirse a ella.

Para avanzar en la dilucidación del problema creo que lo más pertinente es analizar la *forma* en que América Latina aparece en los textos de Marx —por ejemplo, en el panfleto desmedidamente negativo sobre la figura de Bolívar—, forma que, en mi opinión, no puede ser explicada en su propia positividad, como fue hasta ahora el camino emprendido por quienes se preocuparon por este problema. Para explicarme mejor, no interesa tanto saber si Marx tenía o no razón ante Bolívar, sino *por qué* tendía a verlo de la manera en que lo vio.

Para abordar este problema es preciso despejar antes una serie de explicaciones que, en mi opinión, más que tales son simplemente hechos que requieren a su vez ser explicados. Veamos algunos ejemplos de las explicaciones más usuales:

1. *La superficialidad del periodista*. Basados en una distinción que me parece incorrecta entre el Marx «científico» y el Marx «político», es casi una frase hecha: la afirmación de que muchos de los trabajos de Marx sobre la política y la diplomacia mundial, al provenir de artículos periodísticos con los que lograba subvenir en parte a sus necesidades económicas personales, no tienen valor teórico. Son, por tanto, trabajos ocasionales que pueden ser dejados de lado en el estudio de la real naturaleza de su programa científico. Y de alguna manera, ésto fue lo que ocurrió por lo menos hasta años recientes. Pero si recordamos que la abrumadora mayoría de sus textos sobre el mundo no europeo, o mejor dicho, sobre el mundo no capitalístico-céntrico, fueron escritos periodísticos, si aceptamos tal afirmación deberíamos concluir que Marx prácticamente no dedicó una

reflexión *sustantiva* al problema de las formas particulares que adoptaba el proceso de devenir del capitalismo occidental. Sus trabajos sobre Rusia, el mundo eslavo, China y la India, Turquía, la revolución en España, y hasta la cuestión irlandesa, no nos enseñarían nada equivalente al modo en que analizó formaciones sociales tan concretas como Inglaterra, Francia o Alemania. Esta explicación resulta, en mi opinión, una tontería que utilizada por quienes no admiten la presencia de fuertes tensiones internas en el pensamiento de Marx, lo fragmentaban en un ser biforme que hace ciencia a la mañana y escribe liviandades a la tarde. Basta comparar sus escritos periodísticos sobre Irlanda con las páginas dedicadas a la acumulación originaria del capital en su obra teórica más importante para comprender hasta dónde entre ambos textos existe una realimentación recíproca. Lo cual, como se comprende, resulta lógico, natural e inevitable.

2. *El «desconocimiento» del historiador.* Esta es otra razón aducida con cierta frecuencia. No puede negarse que una afirmación tal resulta difícilmente refutable por la razón obvia de que siempre resulta aplicable. En cierto modo la renovación y el desarrollo de los estudios históricos coloca a todo investigador en la situación de «desconocer» informaciones. Es más, prolongando este razonamiento podríamos llegar a la conclusión —que no valdría la pena discutir aquí— de que la propia historia, como narración de los hechos de los hombres, es de algún modo tarea imposible. Pero la rigurosidad, el enfermizo exceso de celo, la insaciable capacidad de lectura y de reflexión de Marx, que aún provoca en nosotros admiración, respeto y, ¿por qué no?, mucho de envidia, nos lleva a rechazar el privilegiamiento de su ignorancia. Para aclarar los temas que abordó Marx se proveyó de una impresionante cantidad de libros y documentos, que ayudado por las diversas lenguas que dominaba, le permitían disponer de una información excepcional para su época. Véase, por ejemplo, el listado de libros que consultó para escribir sobre España, y el referido al estudio que encaró desde los años setenta sobre las formas comunitarias en Asia, Africa y América para cuestionar la afirmación del supuesto «desconocimiento» de Marx sobre las realidades de las que intentaba dar cuenta.

3. *Las limitaciones del metodólogo.* Esta objeción quizá tenga más peso, pero sólo a condición de que en lugar de aplicársela a Marx, se la utilice para analizar la limitación del «marxismo», tal como se confirmó teóricamente desde fines del siglo pasado. Si el marxismo enfatizó la supuesta división de la realidad en «base» y «superestructura» —que, por supuesto, arranca de Marx, pero tiene en él otras connotaciones—, y sostuvo que las formaciones sociales sólo podían ser analizadas *arrancando* de la infraestructura, es lógico pensar que el método resultaba difícilmente aplicable a sociedades cuya estructuración de clase era gelatinosa y organizadas en torno al poder opresivo del Estado, por ejemplo. Sin embargo, si analizamos los escritos de Marx sobre España, o sobre Rusia, estaremos frente a un pensador que parece adoptar un camino inverso, y es precisamente esta circunstancia lo que provoca en muchos marxistas perplejidad y desconcierto. Como afirma Sacristán con respecto a sus trabajos sobre España, el método de Marx, notablemente evidenciado en los textos «políticos» es «proceder en la explicación de un fenómeno político de tal modo que el análisis agote todas las instancias sobreestructurales antes de apelar a las instancias económico-sociales fundamentales. Así se evita que éstas se conviertan en *Dei ex machina* desprovistas de adecuada función heurística. Esa regla supone un principio epistemológico que podría formularse así: el orden del análisis en la investigación es inverso del orden de fundamentación real admitido por el método».

Y esto es lo que afirma precisamente Marx en una nota de *El Capital* cuando dice que sería una tarea vana partir de las relaciones de producción capitalista para explicar el cielo religioso, y pregona el método inverso para indagar su terrenalidad.

4. La última, y no por ello menos importante, explicación del soslayamiento de Marx se basa en un supuesto desprecio «eurocéntrico». Dejemos de lado la noción más

pobre de este concepto que se funda en la idea de una suerte de «ininteligibilidad» del mundo no europeo por parte de los europeos. Es una idea profundamente arraigada en América Latina, en cuanto mundo de naciones en búsqueda de una identidad propia. Tratemos de indagar en la fundamentación que el concepto de «eurocentrismo» recibe por parte de estudiosos colocados en una perspectiva socialista que no admiten las consecuencias romántico-nacionalistas que aquella visión pedestre de eurocentrismo conlleva. Tales estudiosos parten del hecho indiscutible que Marx fue un pensador de su tiempo y que estaba poseído, como es lógico, de una creencia, nunca puesta en cuestión, en el progreso, en la necesidad de dominio del hombre sobre la naturaleza, en la revalorización de la tecnología productiva y en una laicización de la visión judeo-cristiana de la historia. A partir de ese basamento cultural, definido como «paradigma eurocéntrico», Marx había construido un sistema categorial, basado en las determinantes contradicciones de clase que lo llevó necesariamente a excluir aquellas realidades que escapaban al modelo la contradicción que emergía entre un modelo teórico-abstracto y una situación irreductible a sus parámetros esenciales explicaría por tanto la exclusión de América. Marx no podía ver detrás del caos del azar y de la irracionalidad, el proceso de devenir naciones de los pueblos latinoamericanos, porque su perspectiva capitalístico-céntrica se lo vedaba. Una construcción teórica como la suya, basada en la modalidad particular que adquirió la relación estado-nación en Europa, determinaba necesariamente una concepción de la política, del estado, de las clases, y más en general del curso histórico en los procesos que no encontraba réplica cabal en América Latina.

Confieso que esta explicación no me satisface por varias razones, la principal es la de que acaba reduciendo a Marx a un pensador esclavo de su teoría y, a ésta en un sistema cerrado impermeable a la irrupción de la historia. Creo encontrar en Marx fuertes descentramientos de sus hipótesis que no podrían ser entendidas y evaluadas en su real significación si aceptáramos tal explicación. Cito solamente algunos casos:

- a) El viraje estratégico de los años sesenta en torno al privilegiamiento de la independencia de Irlanda como elemento motriz de la revolución en Inglaterra;
- b) el rechazo explícito en los años setenta de la idea de un camino unilineal de la historia basado en la expansión capitalista;
- c) el reconocimiento de la potencialidad de la comuna agraria como vía no capitalista para el advenimiento de una sociedad socialista;
- d) el privilegiamiento de la *autonomía* de la política en sus análisis concretos, privilegiamiento que impregna fuertemente todos sus escritos políticos desde los años cincuenta.

Pienso que cualquier estudio que se haga sobre la obra de Marx debe, necesariamente, ser capaz de integrar estos hechos que parecen contradecir una lectura en clave «sistémica» de tal obra.

Es en esta y otras razones que creo encontrar en la diatriba de Marx contra Bolívar elementos para fundar una interpretación que privilegia la presencia en sus reflexiones de una previa y prejuiciosa *actitud política* que desvió su mirada, la caracterización de Bolívar como delator, oportunista, incapaz, mal estratega militar y dictador, y su identificación con el haitiano Souluque, encontraba luego el tercer término de comparación en el denostado Luis Bonaparte contra cuyo régimen Marx dedicó gran parte de sus energías y reflexiones.

Este prejuicio político tan acentuado en Marx motivó la resurrección en su pensamiento de la idea hegeliana de «pueblos sin historia» —en un momento de evidente superación para otras áreas de análisis—, como base de su caracterización del proceso latinoamericano, es decir, la consideración de los pueblos de la región latinoamericana co-

mo conglomerados humanos carentes de potencialidad propia y podríamos decir, de la masa «crítica» necesaria para la constitución de una nación legitimada en sus derechos de existencia.

Paralelamente, con la resurrección positiva de esta idea hegeliana se exacerbó su aversión al postulado de Hegel acerca del papel del Estado como instancia productora de la sociedad civil en la medida en que el supuesto era la inexistencia de la nación, Marx no podía visualizar de otra forma que como presencia omnímoda y no racional —también en sentido hegeliano— del Estado sobre los esbozos de sociedad civil a los procesos en curso en América Latina a partir de la independencia, procesos en los que el Estado cumplía, indudablemente, un papel decisivo en la modelación de la sociedad. Marx no pudo visualizar en ellos la presencia de una lucha de clases definitoria de su «movimiento real» y, por tanto, fundante en su sistematización lógico-histórica. A partir de lo cual no pudo caracterizar correctamente esta realidad que se le presentaba en un estado claramente magmático.

Las condiciones de constitución de los Estados latinoamericanos y las primeras etapas de su desarrollo independiente, eran tan excéntricas de los postulados de Marx respecto de la relación entre Estado y sociedad civil —a partir del rechazo del principio hegeliano de la primacía otorgada al Estado— que sólo podrán ser entendidas con un tipo de razonamiento como el que utiliza para el caso de España o del asiaticismo ruso-mongol, pero en la medida en que tendió a considerarlas como la potenciación sin contrapartida del bonapartismo y de la reacción europea, el resultado fue su soslayamiento.

América Latina no aparece como tal en Marx, no porque la modalidad particular de la relación Estado nación-Estado en Europa desvíe su mirada, ni porque su concepción de la política y del Estado excluya la admisión de lo diverso, ni tampoco porque la perspectiva desde la cual analiza los procesos lo conduzca a no comprender a sociedades ajenas a las virtualidades explicativas de su método. Ninguna de estas consideraciones, por más presentes que estén en Marx y que influyan sobre su manera de situarse frente a la realidad, me parecen suficientes por sí mismas para explicar el fenómeno. Todas ellas menosprecian, curiosamente, la perspectiva política desde la cual Marx analiza el contexto internacional, al mismo tiempo que enfatizan la supuesta ausencia de la «autonomía de lo político» como una consecuencia inevitable de la rigidez de su método interpretativo. No eran esquemas teóricos definidos, sino más bien *opciones estratégicas* consideradas como favorables a la revolución, lo que llevaba a Marx a privilegiar campos o a jerarquizar fuerzas. La matriz de su pensamiento no era, por tanto, el conocimiento del carácter progresivo del capitalismo sino la posibilidad que éste abría de la revolución. Es la revolución el sitio desde el cual se caracteriza la «modernidad» o «atraso» de los movimientos de lo real. Y porque esto es así, la bendición o maldición marxiana cae de manera aparentemente caprichosa sobre los hechos. Aceptando el carácter «progresivo» del capitalismo, es la Inglaterra «moderna» la que resulta denostada por Marx a causa de su entendimiento con el baluarte reaccionario del zarismo. El contexto internacional no puede ser analizado, en consecuencia, única y exclusivamente a partir de la confianza —innegable en Marx— del determinismo de las fuerzas productivas. Requiere de otras formas de aproximación que permitan visualizar aquellas fuerzas que, puestas en movimiento por la dinámica trastocadora del capital, tiendan a derruir todo lo que sofoca el libre desenvolvimiento de los impulsos de la sociedad civil. Porque el desarrollo del modo capitalista de producción sucede sobre un mundo profundamente diverso y diferenciado, tratar de mostrar y de mutar la proteiforme realidad de éste obliga a dejar de lado cualquier pretensión de unificarlo de manera abstracta y formal y abrirse a una perspectiva micrológica y fragmentaria. En la enumeración material de lo que es verdaderamente está encerrada la posibilidad de aferrar la realidad histórica concreta para potenciar

una práctica transformadora. Es desde la política, desde la admisión de la diversidad de lo real, desde la presentación de los elementos contiguos de mala historia social de su tiempo, como Marx intenta fundar una lectura que descubra en los insterticios de las sociedades los huecos por donde se filtre la dinámica revolucionaria de la sociedad civil. Tal es la razón de por qué sus análisis de «casos» nacionales no parecen obedecer a «procesos globales», «mediaciones» o «totalizaciones» que den un sentido único, un orden de regularidad, a sus movimientos. Por cuanto no existe en él una teoría sustantiva de la «cuestión nacional», los momentos nacionales son sólo variables de una política de destrucción de todo aquello que bloquea el desarrollo del progreso, de la democracia y de la revolución. *En última instancia, las naciones que realmente interesan a Marx son las que desde su perspectiva, pueden desempeñar tal función histórica.*

Como América Latina fue considerada por él desde la perspectiva de su real o supuesta función de freno de la revolución española, o como Hinterland de la expansión bonapartista, su mirada estuvo fuertemente refractada por un juicio político adverso; procedimiento éste que se torna muy evidente e irritante en su escrito sobre Bolívar. El hecho de que a partir del reconocimiento de una perspectiva que se transformó en un verdadero *prejuicio político* podamos rastrear luego hasta qué punto tal prejuicio se alimentó de aromas ideológicos, de concepciones teóricas y de ideas originadas en su formación ideológica y cultural, no invalida la necesidad de privilegiar una dirección de búsqueda acorde con el sentido mismo de la obra de Marx.

La descalificación de Bolívar implicó un riesgo que Marx fue incapaz de sortear y del que nunca tuvo plena conciencia. Ese riesgo fue la incomprensión del movimiento latinoamericano en su conjunto. No es casual que dejándose llevar por su odio al autoritarismo bolivariano, concebido como una dictadura educativa impuesta coercitivamente a masas que no parecían estar maduras para una sociedad democrática, Marx haya dejado de considerar lo que su propio método lo impulsaba a buscar en otros fenómenos sociales que analizó: la dinámica real de las fuerzas sociales. Resulta así sorprendente que no haya prestado atención alguna a las referencias acerca de la actitud de los distintos sectores sociales latinoamericanos ante la guerra de independencia, las rebeliones campesinas o rurales contra las élites criollas que dirigían la política de revolución, la endeblez de las apoyaturas políticas de dichas élites entre los sectores populares de la población, y más en particular entre los negros, los indios, quienes tendían a sostener la causa de los españoles; el alcance de la abolición del pongo y de la mita, la distinta característica de las guerras de independencia donde las élites urbanas habían logrado mantener el control del proceso evitando el peligro de una abierta confrontación entre pobres y ricos, y México, donde la revolución comenzó siendo una rebelión generalizada de campesinos e indígenas.

Marx no entendió que si el movimiento independizador estaba enfrentado a tan complejas y peligrosas alternativas, la *forma* bonapartista y autoritaria del proyecto bolivariano no expresaba simplemente, como pensó, las características personales de un individuo sino la debilidad de un grupo social avanzado que, en un contexto internacional y continental caracterizado por el ascenso de la contrarrevolución, sólo pudo proyectar la construcción de una gran nación moderna a partir de la presencia de un estado fuerte, legitimado por un estamento profesional e intelectual que por sus propias virtudes fuera capaz de conformar una opinión pública favorable al sistema, y por un ejército dispuesto a sofocar el constante impulso subversivo de las masas populares. Por lo que podemos afirmar que, traicionando lo que constituía la esencia de su manera de analizar los procesos sociales, Marx sustantivó en la persona de Bolívar lo que se negó de hecho a analizar en la realidad latinoamericana: las fuerzas sociales que provocaron su auge y decadencia. De modo idealista, el movimiento real fue sustituido por las desventuras de un falso héroe.

Es por todo este razonamiento, apresuradamente esbozado, que creo que resulta pobre, limitado e inconducente asignar al supuesto europeísmo de Marx su paradójico soslayamiento de la realidad latinoamericana. La presencia obnubilante de los fenómenos del populismo que caracterizan la historia de los países americanos en el siglo XX llevó curiosamente a identificar eurocentrismo con resistencia a toda forma de bonapartismo o de autoritarismo. El resultado fue una fragmentación cada vez más acentuada del pensamiento de izquierda, dividido entre una aceptación del autoritarismo como costo ineludible de todo proceso de democratización de las masas, y un liberalismo aristocratizante como único resguardo posible de toda sociedad futura, aún al precio de enajenarse el apoyo de las masas. Aceptar la calificación de eurocéntrico implica en este caso cuestionar ese filón democrático, nacional y popular que constituye una parte inescindible del pensamiento de Marx. Si es innegable que el proceso de constitución de las naciones latinoamericanas se realizó en gran parte a espaldas y en contra de la voluntad de las masas populares, cuestionar la idea cara a la Segunda y a la Tercera Internacional de la progresividad en sí del desarrollo de las fuerzas productivas y de las formaciones estatales, significa, de hecho, reencontrarse con ese filón democrático y popular del marxismo. Y es por esto que problematizar las razones de la resistencia de Marx a incorporar a su pensamiento la realidad del devenir estado de las formaciones sociales latinoamericanas no sea un mero problema historiográfico o un vacuo ejercicio de marxología, sino una más de las múltiples formas que puede y debe adoptar el marxismo para cuestionarse a sí mismo.

Creo además que el hecho de que en el presente y en momentos de crisis de las concepciones autoritarias y burocráticas, el marxismo como filosofía de estado atraviese una grave crisis y el filón democrático y antiautoritario vuelva a emerger con una fuerza tal como para reclamar todo un reordenamiento de la teoría y de la práctica política muestra la vitalidad de una doctrina aún capaz de sostener una confrontación productiva con la realidad y con la cultura contemporáneas.

---

(\*) Ponencia presentada al Congreso «Marx en Asia, Africa y América Latina», celebrada en Tréveris para conmemorar el centenario de la muerte de Marx.